

JOAQUIN PARIS

La difícil existencia de nuestra patria ha sido hasta ahora de luchas y terribles pruebas, de conflictos entre la libertad y el orden, entre la legalidad y la anarquía. De esto proviene la notoria y casi primordial importancia que en Colombia han tenido los hombres de espada, tan frecuentemente llamados por los acontecimientos a sobresalir en el teatro político. Pero sube mucho de punto la importancia de tales hombres cuando en ellos se adunan a un carácter civil y muy altas cualidades personales, méritos contraídos desde la gloriosa época de la lucha que nuestros pueblos sostuvieron por asegurar su independencia. De ahí el particular respeto y simpatía, la veneración diré, con que las actuales generaciones colombianas deben pronunciar nombres como los de los generales Francisco de Paula Vélez y José María Ortega, José Hilario López y Valerio F. Barriga, Joaquín Acosta y José Acevedo Tejada, Joaquín Posada Gutiérrez y Rafael Mendoza, y el benemérito Joaquín París.

I

Hay recuerdos que se graban en la mente de una manera indeleble: de este linaje es el que conservo de un interesante episodio de la guerra civil de 1840.

El valiente coronel José María Vezga se había pronunciado contra el gobierno nacional, como

gobernador que era de la provincia de Mariquita, y en diciembre de 1840 tenía sus fuerzas concentradas en la ciudad de Honda, donde ejercía el mando con el título, muy a la moda entonces, de *jefe supremo*. Envió el gobierno tropas al mando del general Joaquín París, las que, divididas en dos columnas, debían atacar a Honda por la llanura del poniente, que se extiende hacia Mariquita y al mismo tiempo por la orilla izquierda del río Magdalena, ocupando un alto cerro que domina la ciudad por el sur.

La línea del río *Gualí*, que divide en dos partes la ciudad, era de fácil defensa para Vezga, en caso de que sus tropas (bastante exiguas) fueran batidas en la llanura y por el lado de *Quebradaseca*; y en tal operación consistió principalmente su plan. El 9 de enero de 1841, desde las ocho de la mañana, se avistaron en la llanura de *Calunga* las dos fuerzas enemigas y trabaron combate; mas en breve, al aparecer sobre el cerro del sur (*Cerro de la Cruz*) la fuerte infantería del gobierno, Vezga, temiendo que sus fuerzas que combatían quedarán cortadas, las hizo volver a la ciudad. Cortó en parte el puente del *Gualí*, donde situó su artillería y se hizo fuerte sobre la línea del río, que es profundo, torrentoso e invadeable. Las tropas enemigas no tardaron en apoderarse de la parte alta de la ciudad, de donde hacían fuego muy nutrido sobre el barrio de *San José* o del *Remolino*, y de allí contestaban las escasas tropas de Vezga con sus tiros de cañones y fusiles.

La situación de mi familia, durante el combate, era la más angustiosa: mi padre, que por un raptó de generosidad había aceptado el empleo de consejero de Estado de Vezga, estaba con las tropas de éste, del otro lado del río; y nuestra casa,

que dominaba casi toda la línea del *Gualí*, situada como estaba en el barrio alto de la ciudad (el del *Rosario*), había sido ocupada por nuestros enemigos y les servía de cuartel general. La escena era terrible: mi madre, cruelmente acongojada por su marido y sus hijos lloraba encerrada en su aposento, y mis hermanos y yo, casi niños pero con la rabia de la derrota, inminente para nuestra causa, no sabíamos qué hacernos. Por una parte, nos intimidaban los enemigos, apoderados de nuestra casa, y el nutridísimo fuego que hacían contra nuestros amigos; por otra, nos aterraban los cañonazos que éstos, por dañar a nuestros contrarios, disparaban contra nuestra casa. La metralla destrozaba el techo que nos cubría y algunos pedazos cayeron a los pies de mi madre y de mi hermana Agripina, aterradas por extremo. . .

Entre tanto, los demás hijos y nuestros criados estábamos forzosamente ocupados, por humanidad y por temor, en servir de mil modos a nuestros enemigos. La sala, la galería exterior, las interiores y el patio principal de la casa estaban repletos de jefes, oficiales y soldados "ministeriales", unos enteramente sanos, que pedían agua, licores, pan, dulce, frutas, etc. y otros heridos y cubiertos de sangre, que clamaban pidiendo alivio y ofrecían el más desgarrador espectáculo. . . Todos gritaban y se mostraban duros y exigentes, animados de muy mala voluntad hacia mi familia; teníamos que atender a todos con presteza, y entre tanto, el humo de la pólvora llegaba hasta nuestros aposentos, y en la calle estaban tendidos sobre la arena, cerca de nuestra puerta, siete u ocho cadáveres. . .

Hallábanse mi madre y mi hermanita en la mayor desolación, y lloraban sumamente aterradas, cuando entró en casa, junto con el coronel Ramón

Espina y el teniente coronel Lorenzo González, un hombrecito de fisonomía apacible y aire muy simpático, vestido de pantalones de pañete común, blusa azul con algunos galones y sombrero de paisano. Llevaba en la mano derecha un antejo de larga vista y al cinto una modesta espada. Aquel hombrecito se acercó a mi madre, la saludó con gran respeto y la dijo en el tono más afable:

“Mi señora, vengo a ponerme a la disposición de usted y a pedirle hospitalidad como si fuera un amigo. Nada tema usted por su casa y familia ni por don José María: si él se me presenta con toda confianza, le trataré con las mayores consideraciones.”

Mi madre tuvo entera fe en aquel general de fisonomía honrada y acento ingenuo y amable; se consoló, y miró como a un amigo al jefe vencedor. A poco rato nuestra casa estuvo libre del tumulto militar y segura en todo, y en una de sus alas, que tenía también puerta a la calle y era casi independiente, se instalaban como huéspedes el modesto general París y el coronel Espina.

Un recuerdo, de paso, del coronel Ramón Espina, después general. Era un hombre moreno, seguramente de raza andaluza, alto, delgado, de gallardo continente y bellas facciones; habiendo hecho una brillante carrera militar, desde las campañas de la independencia. Ningún teatro le fue desconocido, pues combatió por la patria en Nueva Granada, Venezuela, el Ecuador y el Perú, alcanzando las glorias de Ayacucho. Era hombre de muy claro talento, agudísimo en su decir, y tan adicto a contar anécdotas graciosas y soltar chistes originales y oportunos, que su conversación era siempre entretenida y agradable. Fui su amigo y me trató con cariño desde que fue huésped de mis padres.

Hubo parlamentarios entre los dos ejércitos enemigos y, quedando suspendido el combate, se discutieron bases de capitulación, por lo que la noche fue tranquila. Pero Vezga sólo quería ganar tiempo; durante la noche, fingiendo defender el puente, se embarcó con toda su gente en el puerto de la *Bodega*, emprendiendo todos su retirada Magdalena abajo, unos hacia Antioquia y otros hacia las provincias del Atlántico. Al día siguiente el barrio de *San José* estaba solitario y las tropas del gobierno se posesionaron de toda la ciudad, sin hallar un enemigo, con lo que concluyó la *revolución* de Mariquita.

Mi padre, que no quiso huir, se presentó al general París y le dijo:

—Señor general, he figurado como revolucionario y estoy como prisionero; disponga usted de mí. ¿Deberé ir a la cárcel?

—Sí, señor, contestó el general sonriéndose y dando la mano a mi padre; pero usted y yo tendremos una misma cárcel, pues yo estoy alojado en su casa. Véngase usted conmigo, que la señora y los niños están impacientes por abrazarle.

Y cogiéndose de bracero con mi padre, el general se fue a comer con su *prisionero*, que iba a ser su hospedador y anfitrión. Vivieron juntos durante algunas semanas, y fueron desde entonces, recíprocamente, muy fieles y afectuosos amigos.

II

Era el general París hombre de pequeña estatura, pero tan bien conformado, que debió de ser en sus mocedades muy gallardo y de aire seductor. Su fisonomía era apacible y suave como su voz y sus maneras; a tal punto, que quien le viese vestido

en traje de simple ciudadano y no le conociese, le habría tomado por un hombre campechano y nada militar. Aquel valentísimo soldado de la independencia, vencedor en cien batallas, entre ellas las de *Vargas*, *Boyacá* y *Bomboná*, no tenía del viejo militar sino la intrepidez y serenidad de un combatiente resuelto, las cicatrices y señales de mutilación, la sordera, debida a las intemperies y los cañoneos, el respeto por la disciplina y un patriotismo lleno de elevación y generosidad. En todo lo demás era un hombre esencialmente civil, conciliador, tolerante hasta la longanimidad, modesto en demasía, benévolo para con todos, inofensivamente burlón, jovial y sencillo en su trato, sobrio y frugal, enemigo de la guerra y de toda violencia.

He dicho que el general París era modesto en demasía: era hasta humilde en su dulzura, y sólo en una ocasión dejó de serlo. Estaba, según cuenta la crónica, en el campo de Bomboná (1822), en lo más recio de esta sangrientísima batalla y acababa de ser herido en la mano derecha perdiendo dos dedos, peleando valientemente a la cabeza del batallón que mandaba. Bolívar al saber que el teniente coronel París estaba herido (1), envió un ayudante a preguntarle si necesitaba que otro jefe lo reemplazase.

“Dígale usted al Libertador que a mí nadie me reemplaza”, contestó; y siguió peleando como un león.

Al verle y conversar con él, sin conocer algo de su vida, no se podría sospechar que fuese tan valeroso y resuelto. Hablaba en voz baja, caminaba sin hacer ruido, se mostraba siempre afable y jo-

(1) Siete jefes fueron heridos desde la primera hora de la batalla.

vial, jamás se exaltaba en la conversación, y sordo como era, y rematado, tenía siempre que aproximarse mucho a sus interlocutores para que le hablasen como en la mayor intimidad. Era sumamente sociable, gustábanle bastante las tertulias y reuniones íntimas, y como se vestía constantemente de negro (de *paisano*, decimos en Colombia), parecía en un salón una especie de galán maduro, chistoso, distinguido, simpático por su bella figura, sus bigotes y patillas de gracioso corte, sus ojos pardos llenos de dulzura y su aire al mismo tiempo bonachón y malicioso.

El general París, miembro de una de las más distinguidas familias de Bogotá, familia de patriotas por excelencia (2), empezó su carrera militar nada menos que a los diez días de haberse comenzado la gloriosa lucha por la independencia. El 30 de julio de 1810 sentó plaza en el regimiento *Auxiliar* en calidad de cadete, y en agosto del mismo año, ya con el grado de subteniente abanderado, marchó para la campaña del Socorro, hallándose luego en las acciones de *Ventaquemada* y *Monserate*, y siendo ascendido a teniente en la primera de ellas. Tocóle, como oficial del ejército del congreso federal, concurrir al ataque dado a Bogotá en enero de 1813 por el general Baraya y al regresar a Tunja hizo parte de la gloriosa expedición de libertadores de Venezuela que en aquel año condujo Bolívar, auxiliado por la Nueva Granada. En abril de aquel año era capitán efectivo, y al regresar a Bogotá, con destino al sur, había combatido en *Matarredonda* y la *Angostura de la Grita*.

(2) Nació en Bogotá el 18 de agosto de 1795, siendo sus padres don José París y doña María Andrea Genoveva Ricaurte.

Nariño, el inmortal Nariño, emprendía entonces aquella gloriosa campaña del sur que, mal sostenida al cabo por varios jefes subalternos, finalizó en Pasto con un desastre de imponderables consecuencias. Bajo las órdenes de Nariño iba el capitán París en el batallón *Granaderos*, y tuvo la gloria de combatir bizarramente en el *Alto Palacé* y *Calibío*, en *Juanambú* (dos veces), en *Tacines* y *Pasto*, y luégo en *Ovejas* y el *Palo* (1815) y en la desastrosa batalla de la *Cuchilla del Tambo* (1816). Si en el *Palo*, vencedor, tuvo su "bautismo de sangre", en la *Cuchilla* se honró con la confirmación, recibiendo su segunda herida. Combatió desesperadamente en la *Plata*, y hecho prisionero, quintado y condenado al presidio de Puerto Cabello, condujéronle preso a su destino; mas en el mar de las Antillas tuvo la buena suerte de ser rescatado por un corsario colombiano que le dejó en Curazao, y allí permaneció enfermo durante siete meses. A principios de 1818 el joven capitán que había conocido todas las miserias de la derrota, la prisión y las enfermedades, logró trasladarse a Guayana, donde a la sazón sostenía la campaña el Libertador, y éste le nombró edecán del ilustre almirante Brión. Puede decirse que entonces se marcó el comienzo de la segunda época de la vida de París.

Bolívar, que en todo pensaba y cuyas concepciones eran siempre grandes y vastas, concibió en aquel tiempo el feliz proyecto de frustrar todos los planes de Morillo con una expedición, tan sabiamente política como admirablemente estratégica, mediante la cual, obrando de súbito sobre el centro de "Colombia" y libertando la Nueva Granada, fuese fácil cortar toda base de operaciones generales a los realistas, destruir la unidad del poder que ejercían desde Caracas hasta Lima, con inclusión de Bogotá y Quito, y hacer pesar sobre

Morillo y sus ejércitos de Venezuela todos los recursos que la Nueva Granada, una vez emancipada, podía suministrar. El general Francisco de Paula Santander (que después hizo tan importante papel entre nosotros, hasta 1840) fue designado por Bolívar para organizar en Casanare el ejército de vanguardia, y de este ejército hizo parte Joaquín París ya con el grado y empleo de mayor del batallón *Cazadores de vanguardia*.

Tuvo, pues, la gloria, y con notabilísima distinción, de hacer toda aquella inolvidable campaña de 1819 que aseguró la independencia del centro, norte, oriente y occidente de Nueva Granada, y facilitó emprender con éxito feliz las que fueron magnificadas con las victorias de *Carabobo*, *Bomboná*, *Pichincha*, *Junin* y *Ayacucho*. París añadió, pues, a sus laureles anteriores, los de *Paya* y *Gámeza*, *Vargas* y *Boyacá*; mas no para descansar de sus fatigas sino para continuar con gloria su carrera de libertador. Enviado inmediatamente después de la victoria de Boyacá en persecución del enemigo, siguió los pasos a Calzada, hacia el sur, y tornó a ocupar a Popayán y estar en operaciones en el valle del Cauca. En 1820 fue nombrado gobernador y comandante general de la provincia de Neiva (hoy día sur del Estado del Tolima); pero en el año siguiente volvió a ser llamado al sur como jefe del batallón *Cazadores*, a sostener la recia campaña emprendida por el Libertador en enero de 1822. Combatió entonces París, con su acostumbrada intrepidez, en las sangrientas batallas de *Cariaco* y *Bomboná*, y en la segunda, herido y mutilado, obtuvo sobre el campo el grado de coronel.

Al regresar de Quito a fines de 1822, volvió a Bogotá y en seguida fue nombrado comandante general del departamento de Cundinamarca. En

el año siguiente fue ascendido, con aprobación del Congreso, a coronel efectivo, y en octubre de 1827 a general; permaneciendo en el servicio activo hasta mediados de 1832. Son notables estos conceptos que se hallan en un certificado expedido en 1º de junio de 1832 por el general Antonio Obando en su calidad de secretario de guerra y marina: "Que su conducta (la de París) ha sido *siempre irrepreensible*, su valor *a toda prueba*, y sus sentimientos políticos los de un *celoso defensor de los principios republicanos*." Y cuenta que el general Obando era un ardiente demócrata y muy caracterizado miembro del gobierno, decididamente liberal, de aquel tiempo.

Ya porque no había enemigos con quienes combatir, ya porque la política del general Santander irritó particularmente a la familia de nuestro heroico veterano, París permaneció fuera del servicio activo desde mediados de 1832 hasta 1840. En este año, envuelto el país en la cruenta guerra civil motivada por la revolución que encabezaron en diversas provincias los generales José María Obando y Francisco Carmona y los coroneles Manuel González, José María Vezga y Salvador Córdoba, París fue llamado por el gobierno a comandar la 2ª división, y con tal carácter hizo primero la campaña del norte, bajo las órdenes del general Herrán, y en seguida la de Mariquita, habiendo servido antes el empleo (1840) de comandante general del departamento de Cundinamarca.

Haré notar que París tuvo el honor de servir también como secretario de guerra y marina, durante tres meses en 1830 y durante un mes en 1844.

Por su carácter apacible, que contrastaba con su bravura militar, por reflexión, y también por razo-

nes de familia que le alejaban del partido encabezado hasta 1840 por Santander, el general París estaba afiliado en el partido conservador; y a juzgar por sus actos y las ideas que emitía era un amante decidido de la libertad y el orden. Republicano sincero y ardoroso, sostenía las instituciones de la república, simpatizaba con todo progreso verdadero y sólido, detestaba las guerras civiles, abogaba siempre por los débiles, trataba con generosidad a los vencidos, era sumamente moderado en sus opiniones y palabras, y como particular se mostraba creyente sin fanatismo, superstición ni intolerancia.

En 1851, violentamente exaltados como estaban los partidos, los conservadores llegaron hasta la insurrección. Estuvo tramada la revolución en Bogotá y el general París fue señalado al gobierno como el jefe que debía dirigir la parte militar de ella; por lo que le apresaron durante algunos días. Tantas consideraciones se merecía el viejo veterano, que su arresto se hizo efectivo en el salón rectoral del colegio de San Bartolomé, donde se le permitió vivir con su familia, tratándosele con todo miramiento. Me apresuré a ofrecer mi fianza para que se le pusiera en libertad al punto; pero el general López, entonces presidente, no consintió en ello mientras no se sofocase la revolución por completo; lo que en Bogotá fue cuestión de días. Sin embargo, me concedió la gracia de ser, con parte de mi compañía de cívicos (la de la *Escuela Republicana*) el oficial que montase guardia para tratar con cariño y respeto al general París. Así tuve el honor de ser el aparente guardián, pero guardián-amigo, de aquel digno servidor de la patria a quien yo veneraba y quería profundamente.

Las revoluciones se sucedían: en 1854 encabezaba la suya el general Melo, y París fue de los primeros en salir de Bogotá y tomar las armas en defensa de la causa constitucional. Hizo toda la campaña, desde abril hasta diciembre, abandonando su familia a discreción del dictador, y mandando una división primero, y luego como segundo jefe del ejército del sur, prestó sus valiosos servicios y combatió en las batallas de *Puente de Bosa*, *Las Cruces* y *Bogotá*. Por demás está decir que fue uno de los más generosos protectores de los vencidos y que en breve volvió a la vida privada, tranquilo y sin haber perseguido a nadie.

Llegó la época terrible de la revolución de 1860, en que a su vez se alzó el partido liberal contra el gobierno legítimo, y el general París, bien que estaba muy sordo y bastante achacoso, fue llamado al servicio, recibiendo primero el mando de una división para hacer frente, por el sur, al general Mosquera, jefe de la revolución. El honrado y valeroso veterano, puesto en circunstancias muy desventajosas, fue desgraciado en la batalla de *Segovia* (librada en la cordillera central), como lo fue después en la de *Subachoque* (a la extremidad noroeste de la Sabana de Bogotá), otra vez combatiendo contra Mosquera (3).

Delicadísima era entonces la posición de casi todos los jefes que el gobierno federal ponía a la cabeza de sus tropas; pues si el general Herrán era yerno de Mosquera, con éste o bajo sus órdenes habían militado en nuestras contiendas civiles, y habían sido sus amigos políticos los generales París, Espina y Buitrago, y varios otros jefes notables, como Ucrós, González, Moreno y algunos más. De aquí provenían ciertas desconfianzas que para-

(3) La batalla de Subachoque quedó indecisa.

lizaban la acción de aquellos jefes, la dificultad en que éstos se hallaban para combatir recia y eficazmente contra Mosquera y las vacilaciones que perdieron al gobierno de la Confederación Granadina. Comoquiera, la revolución quedó triunfante en Bogotá el 18 de julio de 1861 y aquel día concluyó, por decirlo así, la carrera pública del general París.

Desde entonces hasta el día de su fallecimiento (4), su vida fue tranquila pero triste. Anciano ya y achacoso, muy medianamente acomodado y lleno de dolorosos desengaños, aquel digno y valeroso patriota que había combatido por la libertad republicana al lado de Bolívar y Nariño, de Páez y Brión, de Santander y Córdoba, veía, condenado a la impotencia, que se acercaba el fin de su vida; y sin embargo, ni la república tenía paz e instituciones bien estables, ni la libertad de todos los colombianos estaba asegurada. Después de más de medio siglo de sacrificios y actos de valor eminente, el general París se afligía considerando que estaba por completar, y muy dudosa aún, la grande obra a cuyo servicio se había ofrendado desde el 30 de julio de 1810...

Tristes eran sus pensamientos durante la época transcurrida de 1861 a 1868. Sin embargo, el noble y valeroso patriota pudo morir tranquilo, porque al despedirse de la patria que había humedecido con su sangre, tenía fe en Dios y la justicia y podía decir a sus hijos con legítimo orgullo: "¡Mi conducta ha sido *siempre* irreprochable, mi valor a toda prueba, y mis sentimientos políticos los de un celoso defensor de los principios republicanos...!"

(4) Murió en Honda el 1º de octubre de 1868.